



La francesa de Santa Bárbara, de Gloria Inés Peláez Quiceno

Nancy Malaver

Es una novela histórica. Pero, ¿qué es una novela histórica?, ¿cuál es el mérito de una buena novela histórica? Yo creo que consiste en suscitar en el lector la reflexión en torno a la idea de que la línea que separa la *historia* de la *ficción* no sólo es muy sutil, sino que incluso puede considerarse inexistente. Naturalmente, esta idea fue defendida por numerosos teóricos, incluyendo a historiadores como Arnold Toynbee, antes de que se incorporara en una teoría sólida, como lo es la teoría tropológica del relato, teoría de Hayden White que se puede aplicar a cualquier tipo de relato, independientemente si se trate del relato del historiador más objetivo o del relato del más imaginativo narrador de ficción.

Pero no se trata aquí de adentrarnos en la teoría. Sólo queremos resaltar cómo, desde la ficción, la novela de Gloria Inés Peláez Quiceno transmite un especial modo de entender la historia. Un especial modo de leer la historia, de ser afectado por ella. Y digo “desde la ficción”, porque la protagonista de la novela, la francesa de Santa Bárbara –mujer librepensadora, amiga de los naturalistas Humboldt y Aimé Bonpland, y que por un giro del destino llega a invo-

lucrarse en la causa independentista del Nuevo Reino de Granada–, es alguien que desde su existencia como personaje ficticio deja ver que su mayor vocación es la de historiadora. Y es historiadora, a mi modo de ver, de dos maneras distintas. En primer lugar, por la labor de copista que ejerce dentro de la trama de la novela. En esa labor, a través de la voz de Francisco José de Caldas, registra observaciones, experimentos científicos, mediciones astronómicas, en el contexto del vasto plan de la Expedición Botánica en el Nuevo Reino de Granada. Pero ella también registra sus propios recuerdos. Se obsesiona, por ejemplo, con la idea de registrar aquellos hechos ignorados por la historia, los que tienden a pasar inadvertidos. Por ejemplo, los hechos secretos de la vida de Santa Fe:

En los momentos de sosiego, cuando el horno está apagado y la harina reposa sobre la mesa, contemplo la soledad de la casa y la nostalgia me vuelca la mirada a los años que me trajeron el presente que vivo. Espero la noche y el toque nervioso en la puerta de algún hombre que necesita la sombra protectora de la habitación para curar sus

*. Docente Departamento de Humanidades y Letras, Universidad Central.

heridas o amarme; o la rápida visita del chasqui con la noticia que me devolverá a mi hijo, o cualquier noticia que cuente sobre la vida secreta de Santa Fe. Mientras tanto, me complazco meditando, escribiendo mis recuerdos en legajos que voy guardando con la misma devoción que tenía el clérigo Mutis cuando hacía sus observaciones; y como él, los empaco celosa en un cajón con llave. Acaso algún día llegue Francisco de la guerra y encuentre en ellos la huella de su padre.

Nótese que ella empaca celosamente estos escritos en un cajón con llave. Es decir, ella no se interesa en dar a conocer al lector sus escritos que teje, repito, a lo largo de la trama de la novela. La narración de la protagonista que llega a las manos del lector, en cambio, son sus memorias escritas mucho después de ocurridos los hechos narrados, veinte años después de su llegada a América. La escritura de la novela es la segunda forma en que se manifiesta en la francesa su vocación de historiadora. La narradora nos permite adentrarnos en ese magistral retrato, tejido de pasiones, temores, anhelos, miedos y frustraciones que desmitifican a Caldas, a Mutis y a Humboldt (personajes de la historia oficial) para humanizarlos como personajes literarios;

nos permite adentrarnos en el ambiente cultural y político de comienzos del siglo XIX: en el remolino y tragedia de la historia expresada en aquellos hombres que tienen como destino la guerra; en el destino de la narradora y en la poética de su cuerpo que descubre y nos descubre su embarazo. El lector incluso llega a invadir el escenario de la novela, como en el siguiente pasaje, en el que éste se constituye en una especie de intruso indiscreto:

La línea de la cintura comenzaba a perderse por el volumen del vientre, todas sus carnes aparentaban estar ganando redondeces; hasta las piernas, antes angulosas, estaban más llenas y fuertes. Le gustó su desnudez en la soledad de la cámara aunque intuyó un espectador oculto tras un libro, que con ella observaba la intimidad de su cuerpo y sus pensamientos. A él se ofreció gozosa...

Pero es de observar que en la novela, más que los hechos históricos concretos que pueda ésta rescatar del olvido (como es, por ejemplo, la participación de la francesa en la causa de la independencia), lo que realmente importa es una reflexión en torno al problema filosófico del “devenir histórico”. El problema del eterno retorno. Y yo

Ella [la francesa] no se interesa en dar a conocer al lector estos escritos hechos, repito, a lo largo de la trama de la novela. La novela misma, por supuesto, sí llega a las manos del lector.



diría, específicamente, en torno al problema del eterno retorno de la guerra: la violencia. El personaje llamado a conducir al lector a través de tal reflexión es la francesa de Santa Bárbara. Un personaje con una visión amplia de la historia, del devenir, del transcurrir de los tiempos... Ella percibe el pasado, el presente y el futuro. Puede incluso sentir el futuro. Presentirlo. Predecirlo. ¿Por qué? Porque puede percibir la relación que hay entre pasado, presente y futuro. Por eso puede plantearse el problema del eterno retorno. Los otros personajes, en cambio, viven detenidos en un solo momento histórico, en su propio presente. Caldas, Humboldt, Bonpland, Mutis, Matís, todos ellos —cada uno a su manera— viven obsesionados, inmersos en su labor científica y aferrados a su presente. No son capaces de reflexionar acerca del pasado o del futuro; e incluso, tampoco, del presente. Caldas, por ejemplo, es ingenuo cuando considera que no tiene nada que temer, pues “...nada le puede pasar a un criollo ilustrado de la Nueva Grana-

da y menos a él que ha hecho grandes contribuciones a la economía y a la ciencia del Reyno”. En su sentir, la guerra era una cuestión exclusiva de Europa.

La francesa, en cambio, tiene lo que podríamos llamar una “memoria de la guerra”. En primer lugar, por su propia vivencia, pues fue testigo de la muerte de su hermano durante un atentado contra Napoleón Bonaparte cuando llegaron a París llevando “... el mal recuerdo de las guerras religiosas y huyendo de las matanzas de septiembre y de las visitas de la Guardia en busca de sospechosos contrarios a la Comuna”.

Pero no sólo por su propia vivencia la francesa tiene lo que hemos llamado aquí una *memoria de la guerra*, sino también a través de las historias que le contaba su madre y que a su vez a ella se las habían contado sus abuelos, y a éstos sus abuelos, y así. Es decir, ella tiene una *memoria ancestral de la guerra*: su madre le contó que los



abuelos habían sido condenados a la hoguera por herejes. Es una memoria que incluso abarca el futuro: a través de una especie de nirvana, de desdoblamiento, de fusión espiritual con el cosmos, es capaz, por ejemplo, de presentir la muerte de Caldas:

Al contemplar su cuerpo desnudo, su espíritu vagó por los sucesos que conmovían la vida cotidiana de Santa Fe y adivinó el futuro: alguien lloraría en la penumbra de un recinto. Vio a un hombre rendido en una silla ocultando el rostro entre las manos. Al frente, en una mesa sencilla, la luz de unas lámparas jugaba con las imágenes de un crucifijo de madera. Los sollozos amenazaban con extinguir la débil claridad de las velas y aumentar las sombras en los muros. Aquél, quien no podía contener el llanto, había entrado a Capilla luego de serle notificada la pena de muerte.

Aquí llegamos a la que es, a mi modo de ver, la característica más importante de la francesa de Santa Bárbara como personaje novelesco: su actitud respecto del peso existencial que entraña el hecho de ser consciente del eterno retorno de la guerra. Actitud que consiste en guiarse por una filosofía de desapego de lo mundano. Por unos principios que impiden actuar de manera violenta contra otro, y que a ella le hubieran impedido involucrarse en la lucha por la independencia, de no haber sido porque, en su condición humana, fue movida por el deseo de vengar la triste suerte de Caldas, fusilado en la plazoleta de Veracruz. Pero el desapego de lo mundano no consiste en una negación dogmática de lo corporal. Antes bien, se traduce en anhelo de fusionarse con lo natural y lo cósmico. Y esa fusión con la naturaleza es la manera de triunfar sobre la guerra y sobre la violencia. Es el triunfo del espíritu sobre lo mundano,



Lo más característico de este personaje novelesco es su actitud respecto del peso existencial que entraña el hecho de ser consciente del eterno retorno de la guerra. Actitud que consiste en guiarse por una filosofía de desapego de lo mundano.

que se ve claramente en el siguiente pasaje, en el que la francesa de Santa Bárbara narra cómo, de niña, soñaba con sus abuelos condenados a la hoguera, y cómo éstos derrotaban a la muerte:

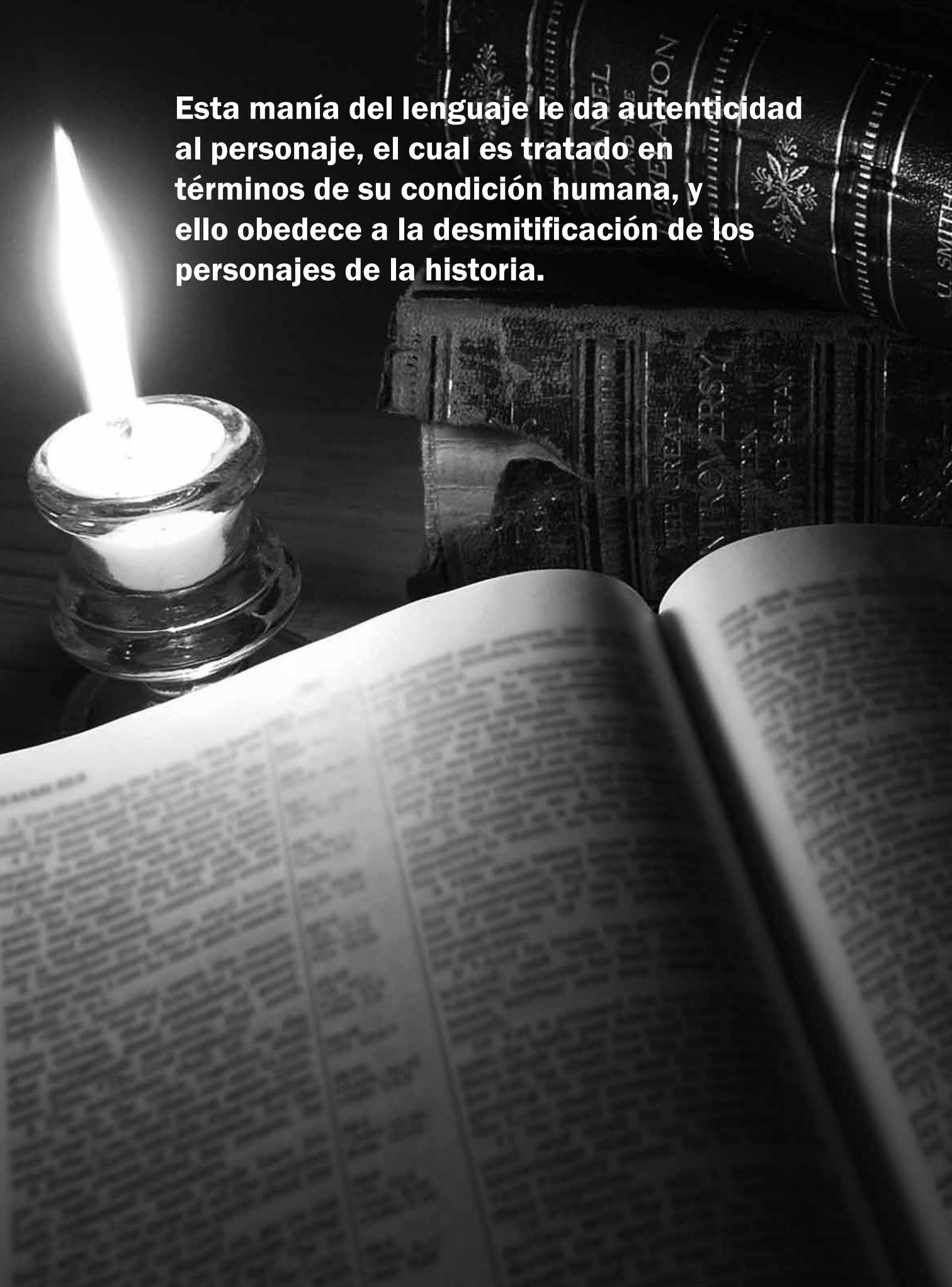
Adormecida en el coche, me gustaba escuchar a mi madre, y soñaba con mis abuelos: los veía pálidos y flacos, amarrados a un árbol, rodeados de una multitud que esperaba verlos en tormento. Simulaba en mi sueño, con el crujir de las ruedas, escuchar el crepitar del fuego que consumía sus carnes. De improviso, los abuelos rompían las amarras y reían dando muestras de no sentir ningún dolor; se volvían humo y desaparecían ante el asombro de todos. Despertaba, miraba el paisaje y jugaba a ver en la sombra de los árboles sus escondites, y ellos, al escuchar el ruido del coche, salían de un recodo y venían a saludarnos.

Este pasaje recuerda la ejecución de MaKandall, el personaje de *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, que burla el mundo material para permanecer en el reino de este mundo convertido en mito.

Ésta es la de la francesa de Santa Bárbara como personaje novelesco. En contraste, todos los otros personajes —Caldas, Bonpland, Humboldt, Matís, Mutis, etc.—, viven aferrados a sus pasiones terrenales, incluida, por supuesto, la pasión por la ciencia. Quiero ilustrar esto con tres fragmentos de la novela, en los cuales se retrata a la francesa, a Caldas y a J.C. Mutis.

En el primero de ellos se narra la llegada de la francesa a América y se retrata su inclinación a encontrar alivio espiritual en el abandono de su propia corporeidad, que la conduce a apropiarse de una corporeidad superior; es decir, aquella de la naturaleza como un todo. Y en este mismo pasaje se retrata magistralmente la existencia que lle-

Esta manía del lenguaje le da autenticidad al personaje, el cual es tratado en términos de su condición humana, y ello obedece a la desmitificación de los personajes de la historia.



va el sabio Caldas, signado por una particular forma de ensimismamiento que se refleja en sus hábitos y hasta en sus más sutiles gestos:

Soporté varios días la montura que me hizo ampollas en las rodillas y las entrepiernas por el continuo roce con el movimiento de la bestia. Pero bastó vencer la última elevación de la montaña para que mi dolor se esfumara y la sensación de disolverme en el paisaje se convirtió en un tónico para mi molestia. La explanada se extendía sin agotar la vista como un mar de verdes agitado por el capricho constante del viento.

La planicie que hace muchos años fue una laguna desecada y sobre la cual se fundó Santa Fe, me sedujo de inmediato quizás por su carácter húmedo y triste, con el que disfrutaba mi temperamento melancólico.

Fue la primera vez pero no la última en que me acometió una extraña nostalgia al contemplar la sabana. Disfrutaba de ella muchas veces cuando me asomaba a las ventanas del Observatorio Astronómico para fundirme en el horizonte en un acto de comunión con el paisaje oculto por la neblina. El astrónomo, amparado por la mesa y tras una pila de libros, se ocupaba en sus cálculos y yo me entregaba a la seducción de la lluvia fina que caía sin molestar la rutina de la calle. Si miraba hacia los Cerros, adivinaba el avance de la cortina de agua viniendo hacia el Observatorio, la veía avanzar y borrar los contornos de las casas, solapar el colorido de los techos y difuminar las torres de las iglesias, apenas reconocibles por el tañido de sus campanas; alargaba

mis brazos para sentir la humedad y seguía su recorrido hacia el occidente, hasta la calzada de piedra que viene de Fontibón y se alcanza a ver desde la ventana, no quedando de ella ni una huella. Los reclamos de Francisco José para que cerrara la ventana, molesto con el viento que amenazaba regar los papeles de la mesa, me obligaban a interrumpir por un rato la mirada. El astrónomo, con el gesto fruncido, reclamaba porque cesara lo que él llamaba mis caprichos de niña. Sin hacerle caso, escogía otra ventana de las seis que tiene el Observatorio y continuaba el detalle de las nubes sumergiendo las casas y los campos. Bajaba la frente para mirar las gotas estrellándose en las piedras y escuchaba correr los riachuelos que atropellados bajan de Monserrate, creciendo en el barrio de las Nieves al empujar desechos y basuras, empozándose unos en la Plaza Mayor, mientras otros continúan disminuidos hacia San Victorino. La visión empañada de las calles aún me sobrecoge. Aflora en mí la añoranza por un mundo que desconozco o que olvidé, y no puedo evitar diluirme en la bruma. Un aire delgado y húmedo al cesar la lluvia, sopla desde los Cerros e impregna el paisaje de la ciudad de un azul pálido. No era el frío el que me hacía dejar la ventana y salir con algún pretexto del Observatorio. El entrecejo cerrado del astrónomo indicaba su enojo y, no queriendo indisponerlo más, pero tampoco ofrecerle una disculpa por mis gestos infantiles, salía a la calle y me alejaba hacia la Alameda acompañada de una criada. Aspiraba con fruición el viento frío que calaba hasta los huesos y fantaseaba con encontrarme de nuevo en el otoño del



Languedoc de mi infancia. Mis ojos se enturbiaban con la impresión helada del aire, la sangre corría rápida por las mejillas entumecidas y para aliviarlas las golpeaba con las palmas, gozosa de sentirme viva...

El descubrimiento del mundo por parte de la francesa durante su infancia, revela la particularidad de su carácter y el peso significativo de su ser en el devenir de la vida como totalidad:

Estaba sujeta a la mano de mi hermano y caminaba con él hacia un riachuelo que alimentaba el molino cerca de la casa. Una impresión repentina cortó mi inconsciencia y trajo el destello de la vida a mí alrededor. Como una iluminación, la primera, tomé conciencia de la coloración de las cosas y sus ruidos. Antes no había advertido la bulliciosa rutina de las aves, la vegetación floreciente y el agua corriendo tras los árboles. François señaló un pájaro y presionó mi mano para desalelarme. Pensó que yo jugaba a hacerme la ciega porque mi mirada rebotaba del camino a los árboles, a mi vestido rojo y a

su cara. Acababa de tomar conciencia de mí y del mundo que me rodeaba, y aunque era muy pequeña, la sorprendente visión de la totalidad me produjo un inmenso deseo de llorar. A veces, basta volver a este recuerdo para que una luz muy tenue dé calor a mi cuerpo...

El retrato de José Celestino Mutis es el de un personaje encerrado en su propio mundo:

Era frío y seco, quizá debido a la enfermedad que ya empezaba a minarlo, y hacía un tiempo acostumbraba hablar solo en un diálogo en el que él mismo preguntaba y contestaba, repreniéndose en ocasiones.

Esta manía del lenguaje le da autenticidad al personaje en cuanto habla de su condición humana y lo desmitifica de la historia oficial, característica del tipo de una buena novela histórica. En este punto, la construcción de este personaje tiene la misma fuerza y autenticidad de un personaje de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust. Hablo de la tía del narrador, quien, en la cercanía de la muerte, presen-

ta la misma manía del lenguaje. Por lo demás, ambas novelas tienen como trasunto literario el problema de la memoria y de la historicidad del ser humano.

La francesa de Santa Bárbara es un personaje bellamente creado y cuya riqueza espiritual está en que ella se sabe un ser histórico consciente de su historicidad. Es consciente de que nada permanece inmóvil nunca, y es consciente de que con el transcurrir de los años el solo hecho de mirar hacia el pasado puede llegar a convertirse en una actitud inútil y sin sentido. Es un personaje que experimenta la angustia del que mira hacia el pasado y se ve a sí mismo como un ser al que los años ha transformado en otro distinto y ajeno. Pero también es un ser que sabe encontrar el camino hacia la paz espiritual a través de la experiencia sublimizada de su materialidad cósmica. Un ser que sabe encontrar en la sexualidad el nirvana, que trae alivio al ser humano agobiado por el destino de verse inexorablemente vinculado a lo más oprobioso de la condición humana: la guerra. Aquí recuerda uno el personaje que aparece hacia el final de la novela: un hombre de raza negra que se ve obligado a actuar como verdugo, y a quien, como a tantos otros, la francesa conduce como a un niño desvalido hacia el nirvana del amor. Hay una reflexión suya al respecto que nos golpea a nosotros, lectores de la Colombia de hoy, en un párrafo lapidario:

Ahora que mi hijo está lejos y hago un alto en mi camino, me pregunto si la guerra es el destino de los hijos de estas tierras. En tal caso, la historia no sería un progreso como creía Francisco José, sino más bien un desatino, sin más leyes que las de la guerra. Y nada puedo hacer para cambiarla, sólo doy alivio y fuerzas a aquellos que van a morir por ella... ■

**Es un personaje
que experimenta
la angustia del
que mira hacia el
pasado y se ve a sí
mismo como un ser
al que los años ha
transformado en
otro distinto y ajeno.**

